

que no podían evitar : esperar el día les hubiera costado una pérdida de tiempo irreparable; así, decidieron franquear dicho paso, aun á riesgo de precipitarse. Pero antes de que lo hiciera su amo, Iván quiso reconocerlo y recorrerlo solo. Mientras bajaba, Kaskambo permaneció al borde de la roca en un estado de ansiedad difícil de describir. La noche era obscurísima; oía bajo sus pies el murmullo sordo de un río que corría rápidamente por el valle; el ruido de las piedras que se desprendían de la montaña al paso de su compañero y que caían en el agua, le hacía conocer la inmensa profundidad del precipicio sobre el cual se hallaba él detenido.

En este momento de angustia que podía ser el último de su vida, el recuerdo de su madre, que le había bendecido tiernamente al marcharse, le acudió á la memoria : este pensamiento le daba la esperanza de verla todavía.

— ¡Dios mío! exclamó. ¡Haced que su bendición no sea inútil!

Cuando acababa esta corta pero ferviente plegaria, reapareció Iván. Reconocido el paso, no resultaba tan difícil como habían creído al principio. Después de haber bajado algunas toesas por entre las rocas, era preciso, para ganar el lado practicable, recorrer el reborde de una peña, estrecho é inclinado, cubierto por nieve resbaladiza, bajo el cual la montaña estaba cortada á pico. Iván abrió en la nieve con su hacha algunos claros que facilitaban el paso; se santiguaron.

— Vamos, dijo Kaskambo, si perezco, que no sea al

menos por falta de valor; la enfermedad solamente ha podido quitármelo. Ahora seguiré mientras Dios me dé fuerzas.

Salieron afortunadamente de ese paso peligroso y continuaron su camino. Las sendas empezaban á ser más numerosas y mejores, y no encontraron nieve sino en los lugares situados al norte y en las hondonadas donde se había acumulado. Tuvieron la dicha de no encontrar á nadie hasta el amanecer, en que la vista de dos hombres que aparecieron á lo lejos les obligó á tenderse en el suelo para no ser descubiertos.

Al salir de las montañas, en aquellas provincias, ya no se encuentra arbolado; el terreno está absolutamente desierto, sin un solo árbol, excepto en la orilla de los grandes ríos, donde, á pesar de todo, son muy raros; lo cual es muy extraordinario, dada la fertilidad del suelo. Seguían hacia algún tiempo la corriente del Sonja, que debían atravesar para ir a Mosdok, buscando un sitio en que el agua, menos rápida, pudiera ofrecerles paso menos peligroso, cuando descubrieron un hombre á caballo que venía recto hacia ellos. El sitio, totalmente descubierto, no presentaba árboles ni malezas para poder esconderse. Se dejaron caer en la ribera del Sonja, á flor de agua. El viajero pasó á poca distancia de su escondrijo. Los fugitivos no intentaban sino defenderse, caso de ser atacados. Iván sacó su puñal y dió la pistola al comandante. Viendo entonces que el jinete no era otro que un rapazuelo de doce á trece años, se lanzó bruscamente sobre él, le cogió por el cuello y le derribó sobre la hierba. El jovenzuelo quiso resistir;

pero viendo aparecer al comandante sobre el borde del río con la pistola en la mano, huyó precipitadamente. El caballo no tenía silla y llevaba una cuerda pasada por la boca á manera de brida. Los dos fugitivos se sirvieron en seguida de su captura para pasar el río. Este encuentro fué una dicha para ellos, pues bien pronto vieron que les era imposible vadearlo á pie como proyectaban. Su cabalgadura, aunque cargada con el peso de dos hombres, estuvo á punto de ser arrastrada por la impetuosidad de la corriente. Llegaron, no obstante, sanos y salvos á la otra orilla, que era desgraciadamente demasiado escarpada para que la abordara el caballo. Bajaron, entonces, para aliviarle de su peso. Como Iván tiraba de él con toda su fuerza para hacerle subir, la cuerda se rompió y quedó entre sus manos. El animal, arrastrado por la corriente, después de muchos esfuerzos para abordar, fué arrastrado por el agua y se ahogó.

Privados de este recurso, pero más tranquilos en adelante en cuanto al peligro de ser perseguidos, dirigieronse hacia un montículo cubierto de rocas sueltas que vieron á lo lejos, con intención de ocultarse y descansar hasta la noche. Por el cálculo del camino que llevaban ya recorrido, juzgaron que las habitaciones de los tchetchenges pacíficos no debían encontrarse muy lejos; pero nada era menos seguro que entregarse á esos hombres, cuya traición probable podía perderles. Sin embargo, visto el estado de debilidad en que se encontraba Kaskambo, era difícil que pudiera pasar el Tereck sin auxilio. Sus provisiones estaban agotadas;

pasaron el resto del día en sombrío silencio, no atreviéndose á comunicarse mutuamente sus inquietudes.

Hacia la noche, el comandante vió que su denchik se golpeaba la frente lanzando un profundo suspiro. Extrañado de esta súbita desesperación, que su intrépido compañero todavía no había demostrado hasta entonces, le preguntó la causa.

— Señor, dijo Iván, ¡he cometido una gran falta!

— ¡Dios quiera perdonárnosla! dijo Kaskambo persignándose.

— Sí, añadió Iván; he olvidado coger aquella hermosa carabina que estaba en el cuarto del niño; ¿qué queréis? no se me ocurrió: gemisteis tanto allá arriba, hacíais tanto ruido, que la olvidé. ¿Os reís? Era la más hermosa carabina que había en el pueblo. Se la hubiera regalado al primer hombre que encontremos, para disponerle en favor nuestro, porque no sé cómo, en el estado en que os veo, podremos acabar nuestra marcha.

El tiempo, que les había favorecido hasta entonces, cambió durante el día. El viento frío de Rusia soplaba con violencia azotándoles el rostro. Partieron á la caída de la noche, titubeando sobre si debían acercarse á algún pueblo ó evitarlo. Pero el largo trecho que quedaba por hacer, adoptando este último partido, resultaba absolutamente imposible de franquear á causa de una nueva desgracia que les sucedió hacia el fin de la noche. Al atravesar un pequeño barranco, sobre un resto de nieve que cubría su fondo, el hielo se rompió bajo la presión de sus pies y entraron en el agua hasta las

rodillas. Los esfuerzos que hizo Kaskambo para salir acabaron de mojar su ropa.

Desde el momento de su partida, jamás el frío había sido tan penetrante: toda la campiña estaba blanca de escarcha. Después de un cuarto de hora de marcha, aterido de frío, cayó casi exámine, rendido de fatiga y de dolor, y se negó resueltamente á ir más lejos. Viendo la imposibilidad de llegar al término de su viaje, miraba como inútil barbarie el retener á su compañero, que podía perfectamente evadirse solo.

— Escucha, Iván, le dijo. Dios es testigo de que he hecho todo lo que he podido hasta este momento, para aprovechar los auxilios que tú me has prestado; pero ya ves ahora que no pueden salvarme y que está decidida mi suerte. Vete, mi querido Iván, vuelve á la línea, á nuestro regimiento: yo te lo mando. Di á mis antiguos amigos y á mis superiores, que me has dejado aquí en pasto para los cuervos, y que deseo á todos mayor fortuna que la mía. Pero, antes de marcharte, acuérdate del juramento que hiciste allá arriba sobre la sangre de nuestros carceleros. Tú juraste que los tchetchenges no se apoderarían de mí vivo: cumple tu palabra.

Dicho esto, se extendió en el suelo y se cubrió por completo con su burka.

— Queda todavía un recurso, le respondió Iván: buscar una habitación de tchetchenges y ganar al dueño con promesas. Si nos hace traición, al menos no tendremos nada que echarnos en cara. Procurad arrastraros hasta allí; ó bien, añadió, viendo que su amo guar-

daba silencio, iré solo, procuraré conquistar á un tchetchenge; y si el negocio sale bien, volveré con él á recogeros; si sale mal, si muero ó no vuelvo, tomad, aquí está la pistola.

Kaskambo sacó la mano de debajo de la burka y cogió el arma.

Iván lo cubrió con ramas y malezas secas, temiendo que fuera descubierto por alguien durante la excursión que iba á hacer. Cuando se disponía á marchar, le llamó su amo.

— Iván, le dijo, escucha todavía mi último ruego. Si repasas el Tereck y vuelves á ver á mi madre sin mí...

— Señor, le interrumpió Iván, hasta luego. Si perecéis, ni vuestra madre ni la mía nos volverán á ver.

Después de una hora de marcha, distinguió desde una elevación dos pueblos á tres ó cuatro verstas de distancia; no era esto lo que buscaba, sino una casa aislada en la cual poder introducirse sin ser visto, para tantear y ver de ganar secretamente al dueño. El humo lejano de una chimenea le hizo descubrir una, tal como la deseaba. Marchó hacia ella en seguida, y entró sin vacilar. El dueño de la casa estaba sentado en el suelo, ocupado en remendar una de sus botas.

— Vengo, le dijo Iván, á proponerte que te ganes doscientos rublos y á pedirte un favor. Sin duda habrás oído hablar del comandante Kaskambo, prisionero de los montañeses. Pues bien; yo lo he robado; está aquí, á dos pasos, enfermo y en tu poder. Si quieres entregarle de nuevo á sus enemigos, ellos te lo agradecerán, sin duda; pero ya lo sabes: no te recompensarán.

Si consientes, por el contrario, en salvarle, permitiéndole en tu casa sólo por tres días, yo iré á Mosdok y te traeré doscientos rublos en dinero sonante por su rescate; y si te atreves á moverte del sitio, añadió sacando el puñal, y á dar la alarma para que me detengan, te mato en seguida. Dame tu palabra al instante, ó mueres.

El tono seguro de Iván persuadió al tchetchenge sin intimidarle.

— Joven, le dijo dejando tranquilamente su bota, yo también llevo un puñal en mi cintura, y el tuyo no me espanta. Si hubieras entrado en mi casa como amigo, yo jamás hubiera hecho traición á un hombre que ha pasado el umbral de mi puerta; ahora no prometo nada. Siéntate y dime lo que quieres.

Iván, viendo con quién se las había, volvió á envainar su puñal, sentóse y repitió su proposición.

— ¿Qué seguridad me darás, contestó el tchetchenge, de la ejecución de tu promesa?

— Te dejaré al mismo comandante, contestó Iván. ¿Crees tú que yo hubiera sufrido durante quince meses y hubiera llevado á tu casa á mi amo para abandonarle?

— Está bien: te creo. Pero doscientos rublos es muy poco: quiero cuatrocientos.

— ¿Por qué no pedir cuatro mil? Eso no cuesta nada. Pero yo, que quiero cumplir mi palabra, no te ofrezco sino doscientos, porque sé de donde tomarlos, y ni un kopeck más. ¿Quieres ponerme en el caso de engañarte?

— Bien, sea. Ve por los doscientos rublos. ¿Volverás solo y en tres días?

— Sí; solo y en tres días, te doy mi palabra; pero tú, ¿me has dado la tuya? ¿El comandante es tu huésped?

— Es mi huésped, lo mismo que tú, desde este momento, y tienes mi palabra.

Diéronse las manos, y corrieron á buscar al comandante, á quien transportaron medio muerto de frío y de hambre.

En vez de ir á Mosdok, Iván, enterado de que estaba más cerca de Tchervelienskaya-Staniza, donde había un fuerte destacamento de cosacos, se dirigió allá inmediatamente. No le costó gran trabajo reunir la suma que le era necesaria. Los valientes cosacos, algunos de los cuales se habían encontrado en la desdichada refriega que costó la libertad á Kaskambo, se cotizaron al momento entre sí para completar el precio del rescate. En el día fijado, Iván partió, para ir, por fin, á libertar á su amo; pero el coronel que mandaba el destacamento, temiendo alguna nueva traición, no le permitió volverse solo; y á pesar del convenio hecho con el tchetchenge, hizolo acompañar por algunos cosacos.

Esta precaución por poco llega también á ser funesta para Kaskambo. Apenas su huésped distinguió á lo lejos las lanzas de los cosacos, se creyó vendido, y desplegando en seguida la valerosa ferocidad de su pueblo, condujo al comandante, todavía enfermo, sobre la azotea de la casa, lo aló á un poste, colocóse frente á él

con la carabina en la mano y gritó, cuando Iván estuvo al alcance de su voz, apuntando á su prisionero :

— Si avanzas, si das un paso más, deshago el cráneo al comandante, y aun me quedan cincuenta cartuchos para mis enemigos y para el traidor que los trae.

— Aquí no hay traición, exclamó el denchik temblando por la vida de su amo; me han obligado á venir acompañado; pero yo traigo los doscientos rublos y he cumplido mi palabra.

— Que se alejen los cosacos, añadió el tchetchege, ó disparo.

El mismo Kaskambo rogó al oficial que se retirara. Iván siguió algún tiempo al destacamento y volvió solo; pero el desconfiado bandido no le permitió que se acercara. Le hizo contar los rublos á cien pasos de la casa sobre el camino, y le ordenó que se alejara.

En cuanto se hubo apoderado del dinero, volvió á subir á la azotea y se arrojó á los pies del comandante, pidiéndole perdón y rogándole que olvidara los malos tratos que se había visto obligado, decía, á darle para su seguridad.

— Me acordaré solamente, contestó Kaskambo, de que he sido tu huésped y has mantenido tu palabra; pero antes de pedirme perdón, empieza por quitar mis ligaduras.

En vez de contestarle, el tchetchege, viendo volver á Iván, se lanzó de la azotea y desapareció como el relámpago.

Aquel mismo día, el valiente Iván tuvo el placer y

la gloria de conducir á su amo al seno de sus amigos, que desesperaban ya de volverle á ver.

* * *

La persona que ha recogido esta anécdota, pasando algunos meses después por Iegorievski, durante la noche, ante una casa de buena apariencia y muy iluminada, bajó de su *kibick*¹ y se aproximó á una ventana para gozar del espectáculo de un baile muy animado que se daba en la planta baja.

Un joven sargento miraba también atentamente lo que pasaba en el interior de la habitación.

— ¿Quién da el baile? preguntó el viajero.

— Es el señor comandante que se casa.

— ¿Y cómo se llama el comandante?

— Se llama Kaskambo.

El viajero, que conocía la historia singular de este oficial, se felicitó de haber cedido á su curiosidad, é hizo que le enseñaran al recién casado, quien, radiante de placer, olvidaba en aquellos momentos á los tchetcheges y su crueldad.

-- Haced el favor de indicarme, añadió, cuál es el bravo denchik que le salvó.

El sargento, después de vacilar un instante, contestó :

— Yo soy.

1. Carruaje cuya caja grosera va montada inmediatamente sobre dos ejes y en invierno sobre patines, formando trineo. Es el carruaje ordinario de viaje en Rusia.

Doblemente sorprendido del encuentro y más todavía de hallarle tan joven, el viajero le preguntó por su edad. Todavía no tenía veinte años y acababa de recibir una gratificación con el grado de sargento, en recompensa de su valor y de su fidelidad.

Este valiente joven, después de haber compartido voluntariamente los infortunios de su jefe y haberle devuelto la vida y la libertad, gozaba ahora de su dicha, contemplando la fiesta nupcial á través de la vidriera.

Pero como el viajero le demostrara su extrañeza de que no estuviera en el baile, tachando con este motivo de ingrato á su antiguo amo, Iván le dirigió una mirada por encima del hombro y entró en la casa silbando el aire *¡Ay luli! ¡Ay luli!*

Poco después apareció en la sala donde tenía lugar la fiesta, y el curioso volvió á subir en el kibick, admirándose entonces de no haber recibido un hachazo en la cabeza.

LA JOVEN SIBERIANA

El valor de una joven, que á fines del reinado de Pablo I, marchó á pie desde Siberia para ir á San Petersburgo á pedir el perdón de su padre, hizo bastante ruido en aquel tiempo, para decidir á una autora célebre¹ á convertir en heroína de novela á esta interesante viajera. Parece, con todo, que las personas que la conocieron lamentan que se hayan atribuido aventuras de amor é ideas románticas á una noble y joven doncella que jamás tuvo otra pasión que el amor filial más puro, y que, sin apoyo, sin consejo, encontró en su corazón el pensamiento de la acción más generosa y la fuerza para ejecutarla.

Si el relato de sus aventuras no ofrece ese interés de sorpresa que puede inspirar un novelista en pro de per-

1. Madame Cottin.